

llegada á Fez, precisados á marchar en medio de un torbellino de jinetes, entre una apiñada muchedumbre hostil, á lo largo de calles cubiertas, oscuras y llenas de carroñas é inmundicia. Y por último, existía quién trataba de embellecer el cuadro de nuestra permanencia en Fez, con el anuncio de melancolías irresistibles, disenterías insoportables, romadizos persistentes, mosquitos monstruosamente feroces, comparados con los cuales eran tortas y pan pintado los que en nuestro país se estilan, y por fin y remate una nostalgia capaz de acabar con nosotros; á cuyo efecto, y para más convencernos, se citaba el caso de un pintor joven, de Bruselas, que fué á Fez con la embajada belga, el cual al cabo de una semana de permanencia en la ciudad, sintióse acometido de tanta tristeza, que el embajador, para evitar el poco agradable espectáculo de verlo morir, no tuvo más recurso que enviarlo de nuevo á Tánger á marchas forzadas.

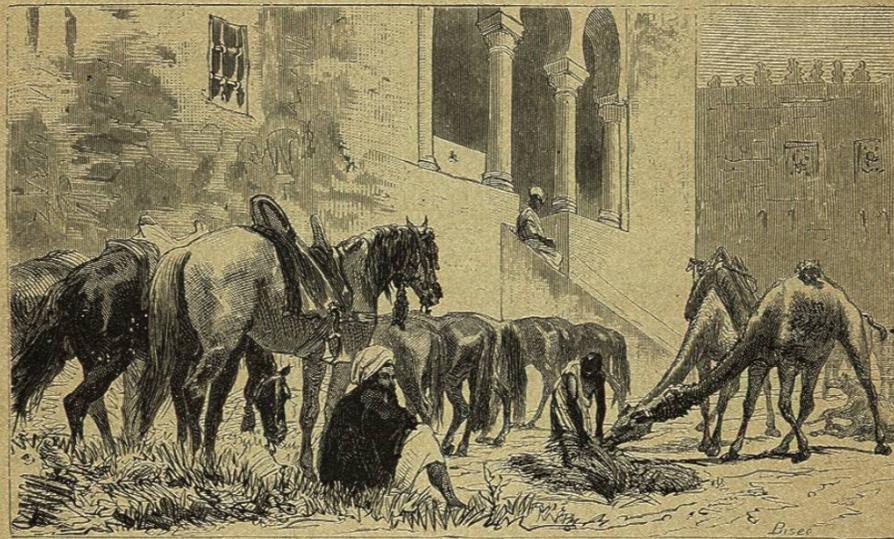
Y era verdad. Como se ve, las noticias no tenían de agradable gran cosa, que digamos; pero con todo esto sólo servían para acrecentar nuestra impaciencia y poner espuelas á nuestros deseos. Por lo que á mí toca, puedo decir que me acordaba riendo de cierta amenaza irónica, que me hizo mi madre, después de haber intentado inútilmente hacerme desistir de mi viaje á Marruecos, poniéndome por delante el espantajo de las bestias feroces.—Bien considerado, puede que tengas razón: ¿qué importa el ser devorado por una pantera? ¡probablemente se ocuparán de ello los periódicos!

Dados los antecedentes que preceden, fácilmente se comprenderá el efecto que en nuestro ánimo experimentamos el día en que, sentados á la mesa, vimos aparecer por la puerta del comedor al señor Salomón Aflalo, segundo dragomán de la Legación, que con voz sonora y mesurada dijo:

—Acaba de llegar la escolta de Fez.

Con la escolta habían venido también los caballos, los mulos, los camellos, los palafreneros, las tiendas, el itinerario prescrito por el Sultán y el anuncio de que se podía partir.

Sin embargo, era indispensable conceder algunos días de reposo á los hombres y á las bestias.



Las bestias de la caravana

Éstas habían sido alojadas en la alcazaba. Al otro día fuimos á visitarlas. Eran cuarenta y cinco caballos, comprendidos los de la escolta; unas veinte mulas de silla, y más de cincuenta de carga, á las cuales fueron más tarde agregadas otras muchas, alquiladas en Tánger. Los caballos eran pequeños, pero fuertes como todos los de Marruecos, y las mulas robustas y poderosas: las sillas y los bastes iban cubiertos de paños rojos, y los estribos estaban formados por una larga plancha de hierro replegada á ambos lados,

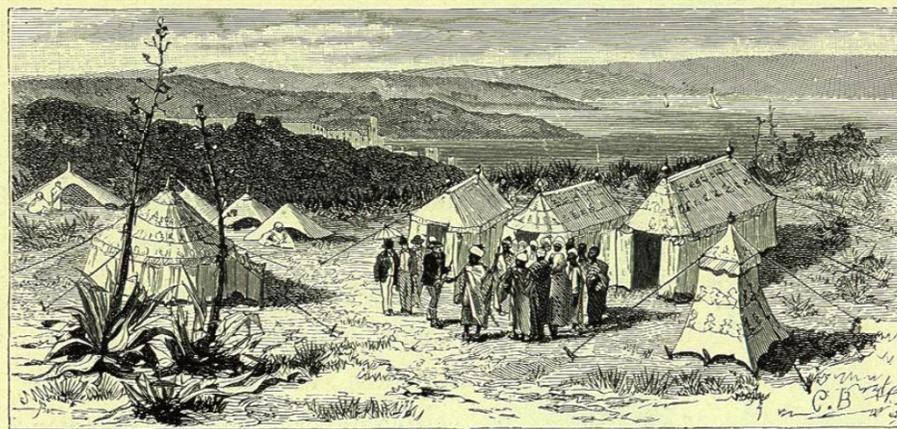
de suerte que pudieran sostener y abarcar todo el pie y servir al par de acicate y de defensa. Aquellas pobres bestias estaban no sólo rendidas, sino materialmente acabadas; más bien que por exceso de fatiga, por escasez de alimento, cuya mayor parte, como de costumbre, había sido transformado en metálico por los conductores.

Vimos allí algunos de los soldados de la escolta, que se acercaron y comenzaron á hablar, procurando darse á entender por medio de signos, para que comprendiéramos que el viaje había sido muy penoso, que habían experimentado mucho calor y no poca sed; pero que, gracias á Alá, habían llegado sanos y salvos. Habíalos negros y mulatos; vestían el blanco alquicel, y eran todos altos, fornidos, resueltos y animosos, viéndose en su mirada y en su expresión un no sé qué de poco tranquilizador, que más de una vez nos hizo pensar en que no habría estado de más, por lo que pudiera acontecer, una segunda escolta interpuesta entre nosotros y la que para nuestra seguridad nos enviaba el emperador.

En tanto que mis compañeros gesticulaban, buscaba yo entre las mulas la que ofreciera más claros indicios de generosidad y mansedumbre, y como la encontrara, á mi parecer, en una blanca, manchada en el lomo, diputéla por mía para durante la expedición, determinado á confiarle hasta la vuelta, unidas á aquella silla, todas las esperanzas de la literatura italiana en Marruecos.

Desde allí nos trasladamos al Zoco de Barra, en cuyo punto habían sido levantadas las tiendas principales. Puedo asegurar que experimentamos un gratísimo placer á la vista de aquellas casas de lienzo, debajo de las cuales debíamos dormir durante treinta noches en medio de soledades desconocidas, y ver y sentir desde su interior tantas cosas admi-

rables; y bosquejar, quién una carta geográfica, quién una relación oficial, quién un cuadro, quién un libro, formando juntos una diminuta Italia, peregrinante á través del imperio del Cheriff. Las tiendas eran de forma cilíndrico-cónica; algunas tenían dimensiones suficientes para dar cabida hasta á veinte personas, y todas eran altísimas, de lienzo recio recamado de arabescos y rematando en su parte superior en una gruesa esfera metálica. En su mayor parte pertenecían



Tiendas y soldados de la escolta

al Sultán, y por consiguiente no era aventurado sospechar que debajo de las mismas habían dormido innumerablos bellezas de su serrallo en sus viajes de Fez á Mequinez y de Mequinez á Marruecos.

En uno de los ángulos del campamento veíase un grupo de soldados de la escolta, y delante de éstos un personaje desconocido que aguardaba al ministro. Era un hombre que frisaba en los treinta y cinco, de majestuoso semblante, mulato, corpulento, con un gran turbante blanco, capa azul turquí, calzón rojo, y una gumía, con vaina de cuero y puño de asta

de rinoceronte. Como llegara el ministro al cabo de breves instantes, púsose á sus órdenes. Era el jefe de la escolta; un general del ejército imperial, llamado Hamed-ben-Kassen-



El general Hamed-ben-Kassen-Buhami,
comandante de la escolta

Buhami, que debía acompañarnos á Fez y á nuestro regreso á Tánger, y responder con su cabeza al Sultán que nada malo nos acontecería. Estrechónos afectuosamente la mano, y nos hizo decir por el intérprete que se prometía un viaje venturoso. Su aspecto y sus maneras me tranquilizaron completamente respecto de los temores que me hicieran concebir la fiereza y hosquedad de los soldados que había visto en la alcazaba. No era bello; pero su rostro expresaba un carácter apacible y una inteligencia sagaz. Por mi cuenta debía leer correctamente, escribir y contar lo bastante para dejarse entender, y ser, en resolución, uno de los más cumplidos generales del ejército, toda vez que el

ministro de la Guerra le había confiado personalmente el desempeño de aquella comisión delicada. En su presencia se hizo la distribución de las tiendas. Concedióse una á la pintura: de la más grande, después de la destinada al embajador, tomamos posesión el comandante de la fragata, el capi-

tán de Estado Mayor, el vicecónsul y yo, comprendiéndose desde luego que había de ser aquella la más regocijada del campamento. Otra grandísima fué destinada á comedor. Después se determinaron las que debían ocupar el médico, los intérpretes, los cocineros, los criados y los soldados de la Legación. El comandante y los de la escolta tenían las suyas, á todas las cuales se presentía que se agregarían otras el día de la partida. En suma, abrigábase la convicción de que había de resultar un campamento bellísimo, y esto producía en mi ánimo algo semejante á comezón irresistible de furor descriptivo.

El día siguiente, el encargado de Negocios, acompañado del comandante de fragata y del capitán, fué á visitar al representante del gobierno imperial Sidi-Bargas, que desempeña en cierto modo el oficio de ministro de Negocios extranjeros en Tánger. Yo me agregué á la comitiva.

Tenía curiosidad de ver de cerca un ministro de Negocios extranjeros, que por todo estipendio, incluso los gastos de representación, en el supuesto de que no hubiesen cambiado las cosas de veinte años acá, suposición por otra parte poco probable, recibe de su gobierno setenta y cinco pesetas al mes, sueldo que con ser, como se ve, por todo extremo insignificante, es superior al del gobernador, que sólo disfruta el de cincuenta pesetas. Y no se crea que para el desempeño de dicho cargo sirva cualquiera, ni que esté exento de compromisos: nada menos que esto. El famoso Sultán Abd-er-Rahman, por ejemplo, que ocupó el trono desde 1822 hasta 1859, no logró encontrar otro hombre de confianza que Sidi-Mohammed-el-Khatib, negociante en azúcar y café, que no obstante el desempeño del cargo de ministro, conti-

nuaba ocupado en el tráfico mercantil que sostenía con sus corresponsales de Gibraltar. Y por lo que dice á los deberes que debe llenar quien lo desempeñe, siquiera sean por demás sencillísimas las instrucciones que el gobierno le comunica, no por esto dejarían de poner en ocasiones en gravísimo aprieto al más ladino diplomático europeo.

Para que se comprendan, los detallaremos tales cuales los ha formulado un cónsul francés:— Contestar con promesas á todas las reclamaciones hechas por los cónsules.— Diferir todo lo posible el cumplimiento de las promesas, echando mano de excusas y evasivas.— Ganar tiempo dando largas al asunto.— Suscitar á los reclamantes toda suerte de obstáculos y dificultades.— Disponer las cosas de manera que cansados de reclamar desistan de su intento.— Si amenazan, ceder; pero lo menos que se pueda.— Si en el asunto se mezcla el cañón, pasar por lo que se pida; mas nunca mientras no haya llegado el momento supremo. Debe consignarse, sin embargo, que las cosas han cambiado mucho desde la guerra de España y especialmente desde el reinado de Muley-el-Hassen.

Dirigímonos, pues, á la alcazaba, donde reside el ministro. Delante de la puerta vimos una porción de soldados formados en ala. Atravesamos un jardín y penetramos en una sala espaciosa en la cual salieron al encuentro del encargado de Negocios, el ministro del exterior y el gobernador de Tánger.

En el fondo de la sala se veía una alcoba con un sofá y algunas sillas: en uno de sus ángulos un lecho modestísimo, y debajo de éste, un servicio de café. Las paredes estaban encaladas y sencillas esteras cubrían el pavimento.

Sentámonos en la alcoba.

Los dos personajes que teníamos delante constituían uno

de los contrastes más peregrinos que se pueden imaginar. El uno, Sidi-Bargas, es decir, el ministro, era un anciano venerable, de luenga barba blanca, de color moreno, con dos ojos dotados de indescriptible viveza, y una boca grande, siempre contraída por un agradable sonrís, que dejaba al descubierto dos hileras de hermosos dientes, blancos como el marfil: su aspecto revelaba á primera vista la astucia sutil y la índole maravillosamente flexible, adquiridas en el desempeño de su cargo de ministro. Los espejuelos, la caja de rapé y ciertos ceremoniosos movimientos y ademanes, le comunicaban un aire muy pronunciado de diplomático europeo. Véase en él al hombre acostumbrado á tratar con los cristianos; superior, probablemente, á muchas supersticiones y á no pocas preocupaciones de su pueblo; en suma, un musulmán de manga ancha; un moro cubierto con un barniz de civilización.

En cambio su compañero, el caid Misfui, parecía la encarnación viva de Marruecos. Tendría cincuenta años, la color bronceada, la barba negra, nervudo, taciturno, ensimismado, con una cara que al parecer jamás se había contraído al impulso de más leve sonrisa, con la cabeza baja, los ojos clavados en el suelo, y el entrecejo fruncido: habríase dicho que le inspirábamos un profundo sentimiento de repugnancia. Yo le contemplaba disimuladamente con cierta desconfianza; parecíame que aquel hombre no podía abrir la boca como no fuera para hacer rodar por el suelo alguna cabeza. Los dos tenían cubierta la suya por un gran turbante de muselina y vestían un jaique transparente que les envolvía de la cabeza á los pies.

Valiéndose del intérprete, el encargado de Negocios presentó á dichos personajes al comandante de fragata y al capitán. Eran dos empleados oficiales, y por consiguiente la